



EVOCACIÓN DEL PROFESOR GUERRERO LOVILLO

Con el ánimo dolorido por el vacío que me deja su muerte, cumplimiento el honroso encargo, recibido de la dirección de esta ya prestigiosa revista, de evocar la figura del fallecido Dr. D. José Guerrero Lovillo, tantos años Catedrático del Alma Mater hispalense, uno de los más preciados valores salidos de las aulas de su antigua Facultad de Filosofía y Letras.

Vinculado a él desde mi juventud con una estrecha relación que, con el paso de los años, superó su inicial carácter discipular para convertirse en una sincera aunque respetuosa amistad, extendida a toda su familia, trataré de actualizar su memoria del modo más objetivo posible, sin que pueda afectar en nada a la valoración de su persona y obra tan estrecha relación que alcanza casi la cincuentena de años.

Nacido en Olvera, pintoresco pueblo de la serranía gaditana al que se sintió siempre ligado pese a haber abandonado pronto su residencia, vino casi niño a Sevilla donde estudió el Bachillerato en el Instituto Escuela con inmejorable aprovechamiento. Testimonio bien palpable de ello es el precioso relato manuscrito, ilustrado con bellos dibujos personales, que conservaba del viaje realizado al Monasterio de Guadalupe con el inolvidable Prof. Carriazo, entonces Director de aquel Centro docente, en el que, aparte de sus altas dotes dibujísticas, se advierte ya esa curiosidad científica y ese afán de saber que desde muy niño tuvo hasta el fin de sus días.

Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Historia) de nuestra Universidad, con un expediente brillantísimo que culminó en la obtención del Premio Extraordinario de fin de carrera, fue alumno dilectísimo –yo diría el más querido por ser el postrero– del insigne maestro universitario Don Francisco Murillo Herrera, cuya Medalla claustral llevó orgulloso sobre su pecho por donación familiar tras el fallecimiento del referido Catedrático. Vinculado al Laboratorio de Arte, desde la terminación de su carrera, realizó sus estudios de doctorado en la matritense Universidad Central que culminó con la lectura de su magistral Tesis sobre las miniaturas de las Cantigas del Rey Sabio; monumental trabajo, dirigido por el Prof. Angulo Íñiguez, que le proporcionó el Premio Extraordinario y el del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tras su publicación en 1949.

Esta merecida recompensa, antecedida por el "Raimundo Lulio" que le fuera concedido tres años antes, fue el inicio de otras muchas, alcanzadas a lo largo de sus fecundos setenta y siete años de vida, cuyos hitos más sobresalientes fueron, el "José María Izquierdo" del Ateneo hispalense, el del Concurso de Monografías de la Diputación de Sevilla del año 1954 y el "Josefina von Karman" así como la concesión de la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio y su pertenencia como Numerario a las Reales Academias de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría y Sevillana de Buenas Letras y como Correspondiente a las Reales de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, San Carlos de Valencia, Nuestra Señora de las Angustias de Granada y Provincial de Cádiz, así como a la Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Adscrito a la Cátedra de Historia del Arte de nuestra Universidad desde la terminación de su Licenciatura, fue Profesor Ayudante de la misma, primero, y Profesor Adjunto por oposición, después; tareas que compatibilizó con el Encargo de Curso de Lengua árabe I y II en el contexto de los Estudios Comunes de la Facultad. Luego, tras brillante oposición, pasó en 1957 a la Universidad de Barcelona como Catedrático de Historia General del Arte y en ella ejerció su fecundo magisterio por espacio de doce años hasta que pasó, por concurso de traslado, a la nuestra sevillana para desempeñar la misma Cátedra. Más tarde e igualmente por el mismo medio, a la de Historia del Arte Español en la que se mantuvo hasta su absurda jubilación a los sesenta y cinco años.

En el Alma Mater hispalense fue, durante sus últimos años de ejercicio, Director del Laboratorio de Arte "Francisco Murillo Herrera" y del Departamento de Historia del Arte de la Facultad de Geografía e Historia; tareas ambas en las que colaboré con él como Secretario de ambos servicios universitarios, habiéndome cabido el honor de sucederle, por concurso de traslado desde la Universidad de La Laguna, en la Cátedra de Historia General del Arte a raíz de su pase a la de Arte Español. Desde sus aludidas Cátedras sevillanas, llevó a cabo una importante labor de magisterio cuyos puntos más culminantes fueron la dirección de las Tesis Doctorales de los Profesores Morales Martínez y Cómez Ramos, hoy Catedrático y Profesor titular, respectivamente, de nuestra Facultad.

Ameno conferenciante, fueron muchas las lecciones que dictó, sobre diferentes temas histórico-artísticos, en Universidades, Academias, Ateneos, Institutos y otros Centros docentes, culturales y recreativos. También fue notable su actividad extra-académica de la que sólo haré mención de su pertenencia a los desaparecidos Institutos de Estudios Sevillanos y Gaditanos, del primero de los cuales fue Director, junto con su condición de primer Presidente de la Asociación de Amigos del Museo y de Comisario de la magna exposición sobre la Sevilla del siglo XVII, celebrada en el año 1983, en la que me cupo el honor y la satisfacción de colaborar con él en calidad de Comisario adjunto.

Si harto brillante es su trayectoria universitaria, académica y de extensión cultural, más lo fue, si cabe, la investigadora y publicista. En efecto, puede afirmarse que no hay un aspecto importante de nuestra historia artística que no haya sido objeto

de su atención y estudio, abarcando un tan amplio campo de trabajo que va desde la arquitectura hispanomusulmana hasta algún que otro tema de arte contemporáneo, pasando por su especial dedicación a la pintura romántica sevillana. Todo ello con obras de la importancia de la edición facsimilar de las *Cantigas*, del capítulo artístico del primer tomo dedicado a Andalucía por la serie *Tierras de España*, editada por la Fundación March; de la *Guía de Sevilla*; de la miniatura gótica castellana de los siglos XIII y XIV, y de las preciosas monografías sobre Antonio María Esquivel y Valeriano Bécquer, junto con un elevadísimo número de artículos de revista –sirvan de ejemplo “Murillo y Assereto” y “Cancelas e Hierros sevillanos”– y con una importante labor traductora de las monografías de bolsillo de la Editorial Skira, llevada a cabo en su etapa barcelonesa.

Más hay en sus actividades docentes e investigadoras un verdadero hito sobresaliente: me refiero a su dedicación al arte islámico, para lo que contaba con lo valioso de sus amplios conocimientos de árabe, al que dedicó lo mejor de su magisterio –enseñó *Arte Islámico* en la Sección de Arte de esta Facultad desde su creación hasta su jubilación– e investigación hasta el punto de ser un auténtico especialista de fama internacional. Díganlo si no sus preciosos estudios sobre el Alcázar sevillano de la *Bendición* o sobre el urbanismo de la Sevilla musulmana, entre otros, así como uno, por desgracia inacabado, sobre la ornamentación de la Alhambra granadina.

Pero junto al docente y al investigador hay que destacar al hombre. Y, en este sentido, bien puede afirmarse que el Prof. Guerrero lo fue de bien en todos y cada uno de sus actos vitales. Caballero sin tacha, cristiano piadoso aunque sin beatería, esposo fidelísimo, padre cariñoso y amigo verdadero de sus amigos, poseyó un carácter jovial, con fina veta humorística, así como un amplio talante liberal que hacía ameno su trato e inspiraba una segura confianza.

Dotado de numerosas virtudes morales e intelectuales, destacó, especialmente, por su exquisita sensibilidad tanto literaria como artística. En efecto, su prosa, un tanto poética, era fluida y amena hasta el punto de hacer de sus escritos unas auténticas piezas literarias, así como con sorprendente habilidad para el dibujo, que practicó con bastante frecuencia –ilustró con ellos algunos de sus trabajos– así como hizo algún que otro pinito plástico –los toritos que modeló en barro durante su infancia– y algunos pictóricos (bellísimas sus acuarelas y sus copias entre las que sobresale la de la *Anunciación del Beato Angélico* de su domicilio familiar).

Finalmente quiero dejar constancia de sus dos grandes aficiones: su condición de lector infatigable que le llevó a formar una de las bibliotecas más completas de carácter privado que hay en Sevilla y su afición a los toros que le llevó a ser un verdadero entendido en todo lo referente a la *Fiesta Nacional*, así como un asiduo concurrente a las corridas del *Coso maestrante sevillano*.

Y nada más. sólo un emocionado réquiem por su persona y un laude para su ingente obra, junto con el mejor recuerdo para tan buenos ratos pasados junto a él.

ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS

Catedrático de Historia del Arte de la Universidad Hispalense.